

Etnicidad S.A.

LUIS HARANBURU-ALTUNA

Los nacionalistas son especialistas en solicitar favores y privilegios escudándose en la ontología de la identidad, en el chantaje emocional o en la violencia pura y dura

Tomo prestado el título que encabeza estas líneas del libro de John y Jean Comaroff que acaba de ser traducido al español. El matrimonio formado por los dos antropólogos sudafricanos centra su análisis en el estudio de la etnicidad y su utilidad económica en distintas sociedades actuales. Estudian el fenómeno de la etnicidad y su repercusión económica en el continente africano y centran su análisis en diversas manifestaciones económicas de la etnicidad en Estados Unidos. Sorprende, por ejemplo, saber que gran parte del negocio de los casinos americanos está en manos de tribus indias que se resarcen así del pasado expolio sufrido durante la 'conquista' de América. Pero es solo un botón de muestra. Los autores realizan un recorrido pormenorizado analizando diversas manifestaciones de la etnicidad y su variada rentabilidad económica. Aunque en su recorrido mencionan el fenómeno catalán sorprende el silencio sobre los vascos y el carácter económico de su reivindicación identitaria. Los Comaroff mantienen la tesis de que si bien las reivindicaciones identitarias obedecen a un substrato 'ontológico' todas ellas tienen como última finalidad obtener el máximo beneficio de la supuesta identidad étnica. Y digo lo de 'supuesta' identidad, puesto que las identidades son en buena parte construcciones culturales que obedecen a un interés de índole crematística o política. Los vascos lo sabemos bien y en los últimos días tanto José María Ruiz Soroa como Pedro Chacón lo han puesto de relieve desde esta tribuna de opinión.

Los defensores de la etnicidad vasca siempre han alardeado de su empeño altruista y de su desinterés por las cosas de la rentabilidad económica. Siempre se han escudado en razones de índole filosófica e incluso estética al reclamar el fundamento de la etnicidad vasca, pero cada vez son más las voces que desde el nacionalismo revelan sin tapujos la razón económica de su reivindicación identitaria. Urkullu no ha podido ser más explícito al referirse al lastre que la marca española supone para la economía vasca. Incluso la izquierda abertzale en fase de adaptación acelerada a la cruda realidad de la economía vasca, habla de ejercer la autodeterminación para salvaguardar el bienestar de los vascos. Nada nuevo bajo el sol. La novedad estriba en la confesión desnuda del interés último que les mueve.

Se entienden así mejor no pocas de las reivindicaciones de índole identitaria que en última instancia solo obedecen al interés de salvaguardar supuestos rasgos identitarios en tanto que garantizan una rentabilidad económica. Me refiero, por ejemplo, a la cerrada defensa que los sindicatos abertzales realizan en torno a los perfiles lingüísticos para acceder a la función pública, cuando en realidad lo que les mueve es el interés por acotar el terreno a sus afines. Reivindicar la identidad para lucrarse más y mejor es tan viejo como el mundo pero todo resulta evidente cuando el nacionalismo se desnuda en clave de rentabilidad. Desde esta perspectiva se entiende mejor la historia reciente del País Vasco y se comprenden los

avatares de la reivindicación nacionalista del último siglo.

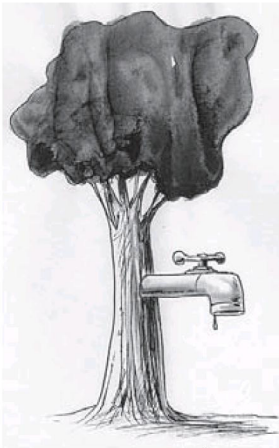
La reivindicación foral del siglo XIX y la defensa del Concierto Económico se han sustentado históricamente en el mecanismo ideológico de rentabilizar la etnicidad. Los vascos lo hemos hecho una y otra vez como lo demuestra la mejor historiografía de la Edad Media y Moderna. En este sentido, la ideología del nacionalismo vasco podría entenderse como el camuflaje perfecto de las apetencias económicas de una parte de nuestra sociedad. Llamar sentimiento nacional a lo que en última instancia se puede reducir a una demanda de privilegio o de ganancia no deja de ser un burdo ejercicio de falsear la realidad.

Ahora que la crisis económica aprieta y las pasiones nacionales se han desatado para buscar cada cual su mejor acomodo en el caos global, no deja de ser un ejercicio de transparencia la equiparación de la soberanía nacional con el bienestar perdido o soñado. Los males que acucian a Europa son en gran medida los inherentes a la pulsión nacionalista que trata de salvar lo propio aunque el resto se hunda. Alemania y los países europeos del Norte se escudan en la ilusión de una etnicidad superior en la que supuestamente el trabajo bien hecho, la austeridad y la eficiencia serían las señas identitarias de sus economías nacionales. Los nacionalistas vascos han redescubierto en estos días su ubicación al norte (de España, claro) y sueñan con ser como los finlandeses o los alemanes olvidándose de que siempre estamos al sur de nuestras expectativas.

Pretender escapar de la crisis aludiendo a la especificidad de nuestra identidad cultural, no deja de ser una ilusión que ignora la realidad flagrante de una economía cautiva como la nuestra. Somos lo que somos gracias a los privilegios obtenidos a costa de la etnicidad y nuestra realidad económica no se entiende sin la privilegiada posición que ocupamos en España.

La anécdota de las vacaciones fiscales que en su día propició la administración nacionalista y que están a punto de costarnos un riñón a los ciudadanos de este país, es la enésima muestra de que los vascos siempre hemos pretendido conciliar lo ontológico con lo crematístico. Reivindicar nuestra etnicidad para obtener un beneficio, no deja de ser una rara habilidad, pero tiene un itinerario reducido ya que solo alcanza hasta tropezar con la clarividencia de los demás. Los nacionalistas son especialistas en solicitar favores y privilegios escudándose en la ontología de la identidad, en el chantaje emocional o en la violencia pura y dura: lo que importa es hacer valer la etnicidad para obtener un beneficio.

Ahora que ETA parece haber agotado las razones que han impulsado su disparate histórico, todavía hay quienes pretenden hacer valer su desistimiento como un triunfo de la etnicidad irredenta y aspiran a lograr una soberanía que oculta mal su afán de lucro. Todos ganaríamos si en lugar de llamar soberanía al privilegio, llamáramos a las cosas por su nombre y habláramos de rentabilizar una paz que por fin parece probable. La paz es ya un beneficio.



:: JOSÉ IBARROLA